

V. Blasco Ibáñez
El arte y los caballeros de la gendarmería
(*El Imparcial* [México], 24-5-1908)

Acaba de inaugurarse en Madrid, la Exposición Nacional de Bellas Artes, que se verifica cada dos años.

Madrid tiene un enorme palacio, llamado de la Exposición, que está situado al final del paseo de la Castellana, en los altos inmediatos al Hipódromo. Es una vastísima construcción de ladrillo, con ciertas pretensiones de grandeza arquitectónica moderna, aunque en realidad no pasa de ser a modo de una enorme estación de ferrocarril. Pero lo que le falta de arte le sobra de espacio, y en él las exposiciones pueden instalarse con desahogo. Este edificio está consagrado por los grandes éxitos que se han obtenido en él y por las brillantes manifestaciones del arte nacional. Aquí obtuvieron sus medallas de honor, suprema consagración del artista, el pintor Sorolla, los escultores Benlliure y Querol y otros más. Aquí dieron a conocer sus primeras obras, jóvenes artistas de indiscutible valía que actualmente son ya maestros.

Pero era extraño que en Madrid pudiera mantenerse un edificio oficial destinado al arte, sin que los gobiernos atentasen contra él... ¡El arte! Es de buen tono y significa cierta cultura, fingir admiración y respeto por él, especialmente en las fiestas oficiales. Los gobernantes acuden al acto inaugural de la exposición con sus uniformes, bandas y cruces: el rey, con toda su familia, pasa ante los cuadros y estatuas como si revistase unos batallones; los cortesanos repiten con deleite las frases ingeniosas y profundas que sugiere a Su Majestad la rápida visión de las obras. Todos se entusiasman con patriótico fervor. ¡El arte español! ¡Qué vitalidad la suya!...

¡Hay que protegerla! ¡Viva el arte!...

Pero los gobernantes españoles son gentes prácticas que saben aprovechar todos los recursos de la nación. Podrán despilfarrar centenares de millones sosteniendo derechos anacrónicos y abusos seculares, pero dolía a su instinto económico tener cerrado durante la mayor parte del año un palacio construido sin otro objeto que albergar cuadros y esculturas.

Los edificios se han hecho para las personas... Y un día se instaló una compañía de guardia civil en un ala del Palacio de la Exposición. Luego el miedo a las revueltas populares, la necesidad de infundir pavor a la gente, las bombas anarquistas, etc., han hecho aumentar el número de la Guardia Civil, residente en Madrid, pero no por esto se han construido cuarteles para la nueva gendarmería... ¡A la Exposición, infantes y jinetes! Todo un tercio, un regimiento mixto de infantería y caballería, acampa en el Palacio de las Artes. Los hombres cuelgan sus fusiles y mochilas de las escarpas que sostuvieron

cuadros gloriosos. Los caballos cocean y estercolan el suelo, junto a grupos escultóricos que dejaron abandonados sus autores.

Cuando Sorolla, en una de las pasadas exposiciones, presentó, en salón aparte, sus mejores obras, hubo que discutir y parlamentar con el coronel del tercio que había convertido en cuadra la pieza destinada al artista. Al fin los rocines de los soldados del orden fueron retirados por unos días, se lavó el pavimento, se cubrieron con ricos tapices las sucias paredes, y los lienzos maravillosos pudieron exhibir su belleza luminosa en un ambiente que conservaba cierto tufillo vago de cebada, pezuñas y boñigas.

Hoy todo el palacio está ocupado por la Guardia Civil y los artistas han tenido que trasladarse a otro sitio para su exposición bienal.

¡La lógica de España, admirable país, donde los obispos son guerreros fracasados, los generales van en las procesiones, y el primer gobernante del país demuestra su sabiduría guiando automóviles y jugando al polo! ¿Para qué sirve un palacio de bellas artes?... Cualquiera lo adivina. Su mismo nombre lo indica... ¿Para qué ha de servir? Para acuartelar a la gendarmería. Esto es clarísimo en España. Solo los extranjeros, gentes ilógicas y torpes en sus deducciones, pueden dejar de adivinarlo.

Para los gobernantes de la monarquía española, de todas las bellas artes, la más hermosa es la de mantener al país en la paz de la tumba, en la tranquilidad de la charca muerta. Y los grandes artistas, los genios con tricornio que realizan esta obra sublime, son los guardias civiles, la santa gendarmería. ¡Para ellos el palacio, y fuera los pintores y escultores! Lo extraño es que tales muestras de agradecimiento se detengan aquí y que los gobernantes, imitando al tiranuelo romano que divinizaba a su corcel, no levanten un monumento de gratitud al rocín del gendarme, que es para ellos un animal casi sagrado.

El pavimento que hace dos años sustentaba los grupos escultóricos de Querol y Benlliure, tiembla ahora bajo las herraduras de la bestia guardadora del orden. Existen entre los animales diferencias fisonómicas, lo mismo que en las personas. El rocín del gendarme es distinto del caballo del soldado. Este es noblote, bueno, simpático, como el pobre recluta que pelea y muere sin malicia. Es el caballo del húsar cargando contra los jinetes de blanco albornoz en los pantanos de Marruecos; es el del lancero de Triviño, desbaratando en las llanuras del Norte a las masas del carlismo. El rocín del guardia civil es maligno, coceador y feroz, habituado a hundir sus herraduras en la muchedumbre, como esos ídolos indios que aplastan y trituran. Es el trotón que se ensangrienta en las manifestaciones, el que carga contra las huelgas, el que escolta a los personajes odiados, el sostenedor del orden actual, que parece llevar sobre su grupa el peso de todo lo existente, la bestia amada de los poderosos.

Arrojados de su vivienda por este animal omnipotente, los artistas han recibido alojamiento del gobierno en unos pequeños palacios que existen en el parque del Retiro. Allí, entre flores y pájaros, a orillas de un pequeño estanque, las obras de arte tienen una linda decoración exterior, pero les falta el espacio y se pierde la grandiosidad del conjunto.

¿Qué es la exposición que acaba de inaugurarse?

Comparada con otras anteriores no resulta extraordinaria. Lo que en ella se encuentra de más notable, es obra de artistas conocidos, que gozan de renombre. De los jóvenes hay muchas cosas dignas de aprecio, pero seguramente que de esta exposición no surgirá ningún genio, hasta ahora desconocido.

Esto nada tiene de extraño, no debe descorazonar a los entusiastas del arte español. Una nación no puede engendrar un artista eminentísimo cada dos años. Si así fuese, al cabo de poco tiempo sufriría una plétora de genios. Basta para su gloria y su progreso que surja un grande artista cada dos o tres exposiciones. Además tiene a los consagrados, a los que triunfaron ruidosamente y, jóvenes aún, trabajan por la gloria de su patria y por la cultura de la humanidad entera.

Retíranse los personajes oficiales luego de terminado el acto de la inauguración. Callan los coros del conservatorio, que cantan mentiras puestas en verso, con acompañamiento de orquesta: pues mentiras son las alabanzas a reyes y gobernantes que en punto a artes solo aprecian y respetan las del *sport*. Se alejan la escolta de jinetes con corazas de plata, los alabarderos, los ministros, los cortesanos. Es la España sonámbula, el peso muerto del pasado, el estorbo tradicional que se aleja, y queda la España despierta, la que piensa y trabaja, la que se mueve, la de los artistas y escritores.

Los lienzos colgados de las paredes, las esculturas blancas y sonrientes, entre las verdes hojas, son una representación de esta España, que es la legítima, la de vida verdadera.

Los que vivís en América y sois ciudadanos de un país joven, no riáis de España al enteraros de los absurdos ridículos que ofrece su vida y compararlos con vuestra existencia presente.

Hay dos Españas: una la oficial, la que está en lo alto y se encarga de ponernos en ridículo ante el mundo con sus rancios disparates; otra modesta y oscura, que es la que trabaja y sostiene el carácter europeo de la nación.

La una echa a los artistas de un palacio para alojar los caballos de la gendarmería; la otra trabaja para que España siga unida a Europa, en sus manifestaciones de cultura.

Cuando os tiene a risa el aparato arcaico de este Madrid, con sus reyes, su corte medioeval, recordad que en las provincias, en la franja peninsular de intensa civilización, a orillas del Mediterráneo y del Cantábrico, hay ciudades

laboriosas y productoras que viven la vida del progreso. Cuando os cause extrañeza un absurdo de nuestra vida, atribuidlo a los gobiernos, no al país.

España es un gran pueblo: el pueblo de más vitalidad de Europa, aquel en que el talento se halla más repartido y está más alto el nivel de la inteligencia media. Solo así se comprende que un país tan mal dirigido, siervo de preocupaciones rancias y zarandajas tradicionales, no solo no decaiga sino que progresa, pasando por encima de todos los obstáculos.

Tenemos las mismas condiciones que el mejor país de Europa: masas trabajadoras e inteligentes, anhelos progresivos, hombres eminentes..., pero vivimos casi aislados por el egoísmo y la mediocridad de los que nos gobiernan.

Un enorme apagaluces semejante a los que usan los sacristanes en las iglesias, cae diariamente sobre la llama del genio nacional.

Para entrar de lleno en la vida europea solo nos queda una puerta: la República. Pero la España del pasado, inerte en su enormidad, se ha cruzado en el dintel obstruyendo el paso, y hay que matarla para llegar a la luz, a la nueva vida.